

EL HOMBRE AL QUE LA TUBERCULOSIS LE
SALVÓ LA VIDA



JHON

"HAY QUE VIVIR LA VIDA, PERO PENSAR ANTES
DE HACERLO"

Ilustración: Andrés Grimaldos

Cientos de sujetos ausentes del mundo, de su realidad y sus propias vidas—sin haber pasado por una ducha en al menos un par de días, con las tripas aullando por comida o por vicio— recorren la apocalíptica calle del Bronx.

Este escenario, que parecía sacado de la serie televisiva ‘The Walking Dead’, era el que observaba en pleno centro de Bogotá la esposa de John Mauricio el día que fue a sacarlo de las profundidades de lo que llama el mismísimo ‘infierno’. Su más grande amor días antes recayó en el vicio del bazuco, droga que -por su bajo costo y tóxicos componentes- envuelve a más de uno.

...

John sigue agitado por subir las escaleras que nos trajeron al lugar donde decide abrir una puerta de su pasado y llevarnos a un recorrido por aquellas calles que, para muchos, significaron una casa, un lugar de encuentro y la prueba de la existencia de los muertos vivientes. Junto a él se encuentra su esposa Dora y la doctora Ruth, quien lo ha ayudado en su proceso de rehabilitación, estas dos mujeres son su soporte día a día. Sentado en un gran sofá en forma de L empieza a narrar cuáles fueron las circunstancias que lo llevaron al infierno y lo sacaron de ahí mismo.

Nació a finales de los años setenta en un barrio sombrío de la lluviosa Bogotá. Allí pasó sus primeros años en una vida que no prometía ser diferente a la del bogotano promedio, en un hogar de padres separados, siendo hijo único. Toda su semana la dividía entre el colegio, sus amigos, las tareas y pasar tiempo con su mamá, mientras que los fines de semana estaba con su papá, especialmente los domingos cuando caminaban kilómetros largos que conducían al cerro de Monserrate.

A sus 17 años, cuando estaba a punto de terminar una de las etapas más importantes de su vida, el colegio, se dio la tan anhelada fiesta de despedida de once; aquel ritual que se caracteriza por la música, el baile y claro, el infaltable alcohol, que descontrola a esos jóvenes en el anhelo de libertad de la vida adulta. John bebió hasta tal punto, que, sin ser consciente de sus actos, subió a una moto con uno de sus amigos, la prendió y el viaje a su otra vida comenzó, pues a los 120 kilómetros por hora chocó con un bus, lo que lo llevó a un coma natural de tres meses, donde —según recuerda— “nadie daba un peso por mí”.

John Mauricio detiene su relato para tomar aire, mientras observa a Dora y a Ruth que le ayudó a salir de las drogas. Él en esa mirada refleja un profundo agradecimiento por ese

apoyo incondicional que le han brindado, aprieta las manos y continúa con la parte más difícil del relato.

Tras despertar del coma, confundido y sin recuerdos exactos del accidente –que siguen sin aparecer al día de hoy– se encontró con una serie de factores que cambiaron su vida de manera drástica: “Eso me marcó totalmente la vida, porque por eso yo caí en la droga”. Se apresura a afirmar “Después de que salí del accidente veía que las personas me miraban con pesar: ‘pobrecito Mauro...perdió su ojito’, así que yo empecé a buscar aceptación en las personas”.

El alcohol y las drogas lucían como la mejor opción para encajar. “*Yo empecé con la cocaína, y ya después de la cocaína fue que llegué al bazuco*”, sostiene. Su consumo empezó entre los 18 y 19 años, pues los efectos lo hacían sentir más sociable. “Se pone uno más charlador, más de ambiente...Da cero timidez, porque después que consumes, te vuelves otra persona...”, afirma.

En la búsqueda de más cocaína para consumir, John Mauricio llega un día cualquiera al denominado Cartucho - el lugar más grande de expendio de drogas y habitabilidad de calle en Bogotá hasta finales del S.XX- con el ánimo puesto en su próximo subidón de emociones, pero justo en el momento de la transacción el jíbaro, con la mera intención de enganchar, le pregunta:

- ¿Hermano, usted para qué consume cocaína? Si hay bazuco, es mucho más barato y le va a hacer lo mismo.

John aceptó, pero hacerlo trajo la sensación de caminar sobre arena movediza en donde por más que lo intentaba más difícil se hacía salir. Deambuló durante 10 años entre dos espacios significativos para él; su familia y la calle.

Su familia fue en un principio integrada por su mamá y sus abuelos, con quienes nunca perdió contacto en el tiempo que duró en las calles. John desde muy joven contribuyó al crecimiento de la familia, siendo papá antes de los 20 años.

Por el lado de la calle, se veían ollas, peleas y problemas en los que al participar y salir casi ileso lo llevaron a avanzar en el infierno, ganándose el respeto y la confianza de otros en las zonas que habitó. Gracias a esto desarrolló relaciones de confianza con los jíbaros por su actitud, pues como dice ‘No se la dejaba montar’ – con esta actitud característica le ofrecieron varios cargos: jíbaro¹, saya² y otros tantos. Él siempre fue portero, el que controla quién entra y sale de la misma.

¹ Quien se encarga de expender drogas dentro o fuera de la olla.

² Autoridad en el Bronx.

...

Durante el tiempo que estuvo en el Bronx logró ganarse la confianza de la comunidad, a través de la 'dueña de la olla' y sus 3 hijos. Incluso la acompañaba como un escolta a su apartamento. "Yo no era sapo, ella sabía que no la iba a denunciar y también sabía que, si robaba algo, al otro día me encontraban y me mataban". La recompensa a su lealtad era pagada con 'bichas' y respaldo, lo que significaba que era 'intocable' para enemigos o como allá les llaman 'liebres' de la misma olla.

Luego de tanto consumo en un mar de experiencias escabrosas con oleadas de peleas, robos y muertos, hizo un pare obligado pues el consumo comenzaba a pasarle factura. "Era la tos, el decaimiento y lo adelgazado. Yo llamé a mi abuela y le dije que yo no podía más, que estaba muy enfermo y ella me llevó al hospital San Blas". El diagnóstico no fue otro más que tuberculosis, la cual logró combatir solo durante cuatro meses pues entre desplazamientos diarios al hospital y la ansiedad por el consumo del bazuco, su corazón palpitaba tan fuerte que recayó en las drogas y regresó al Bronx durante un año más.

La tuberculosis no se detuvo. "El bacilo se volvió resistente al medicamento, así que el segundo tratamiento fue más duro". El dolor cada vez era más fuerte y a la mínima sensación de ansiedad, la calmaba con comida. "Comía, comía y me saciaba". Fue así como comenzó a combatir su ansiedad por el bazuco. "Donde yo no me hubiera enfermado, no hubiera salido de ahí".

Tras ocho meses de tratamiento y comidas frecuentes, regresó a las calles del Bronx por una semana, cuando su esposa y compañera de vida fue a buscarlo. Ella jamás perdió la fe. "El amor es lo que me llevó a buscarlo", explica con gran brillo en sus ojos.

Esa fue la última vez que pisó las calles de ese mundo, aunque no la última ocasión en que sus labios tocaron una pipa o un cigarro de bazuco. Sin embargo, sí fue el comienzo de una nueva y mejor vida en una lucha diaria para no recaer que, con el amor de su esposa, la compañía de sus hijos y ahora de sus nietos, lo ayudan a hacer más frágiles las cargas del pasado y mirar con esperanza hacia el futuro.

Alejandra Pimiento, 2019